



## Entre la Cruz y el Cadalso

Creo que, en el fondo, nos estamos moviendo dentro de un espeso equívoco. Al hablar de delincuencia lógicamente suponemos y antepone-  
mos una MORAL. Pero ¿cuál es esa moral?

La moral cristiana, nos dicen.

¿Se puede hablar de moral cristiana —y tratar la delincuencia según esa moral— en un país que lleva más de medio siglo de enseñanza laica y cuyo pueblo llamado cristiano apenas recibe enseñanza religiosa y vive una vida muy poco regida por esa moral?

Ya desde el momento en que se habla de “principios morales” comienza a insertarse un ingrediente laico inasimilable para el cristianismo verdadero. La “moral cristiana” no es un sistema abstracto. No es cuestión de principios, ni cuestión de ideas. La moral cristiana es CRISTO; es la vida de Cristo, es el Amor de Cristo puesto en acción por el cristiano.

Ahora bien, el intento de vivir del capital moral cristiano sin Cristo siempre ha dado resultados desastrosos. Cuando ya no se vive a Cristo, sino que sólo perduran retazos y supervivencias de vida cristiana en una sociedad —cristiana sólo de nombre— la moral en su afrontamiento con la delincuencia se convierte en un relajo. Subsisten sentimentalismos (derivados de cristianos sentimientos) a favor del delincuente pero, en cambio, ya no subsisten las otras normas complementarias de conducta que detienen la delincuencia.

El comunismo o los países cuya legislación moral es laica y no cristiana, no guardan ninguna consideración con el delincuente. No hay “buen ladrón”, ni siquiera al pie de la cruz. El comunismo es puritano y estricto: sus normas morales las robustece con el paredón. El terror —como las alambradas de su cortina de hierro— encauza sus normas. El puritano del Norte es también implacable en su silla eléctrica. Y el que roba va a presidio sin escape posible. Nosotros seguimos siendo cristianos con el delincuente, pero ya no somos cristianos en educar al niño para que no sea delincuente. Es absurdo, en otras palabras, arrojar a Cristo de las escuelas y no poner, simultáneamente, la Cámara de Gas en la legislación penal.

Pero hay otro desajuste más hondo. Queremos que, frente a la delincuencia, subsistan, únicamente, ciertos preceptos cristianos, dejando fuera los preceptos principales, mejor dicho, dejando fuera el motor mismo de la moral cristiana. Queremos que únicamente subsista la moral cristiana en su aspecto negativo —el no matarás y el no robarás— mientras eliminamos su aspecto positivo (la vivencia de Cristo, la vivencia de su mandato de amor) en un esfuerzo baldío de querer sostener un cristianismo sin Cristo.

Si se cultiva, por ejemplo, la Usura —tal como se “cultiva” en Nicaragua— ¿qué queda de la idea cristiana de “prójimo”? ¿Si hay una forma admitida y practicada socialmente de robar, como es la Usura, qué lógica puede detener al ladrón para que no despoje al prójimo a su modo? La usura, la injusticia, el despojo, la merma de los salarios... destruyen la vivencia cristiana del amor al prójimo —(el prójimo ya no es mi “prójimo” desde el momento en que yo no quiero ver, ni me importan, las heridas morales, los daños y las expoliaciones que le ocasiono con mi voracidad económica y mi falta de caridad). Ahora bien, si se termina —por el uso social— con esa relación de caridad y de amor que hace respetable la dignidad del otro y que me obliga a conpadecer sus aflicciones y necesidades “como mías” ¿no se está, desde ese momento, preparando la mano del criminal y del delincuente para que robe o mate?

El crimen es el estallido físico de la falta de caridad.

La fila de los delincuentes comienza muy arriba: en las autoridades que comercian con el delito. En la larga fila de abogados voraces. En los que se desayunan con su prójimo porque “negocio es negocio”. ¿Quién se fija en las lágrimas, en las dolorosas miserias que provoca un embargo, una ejecución de hipoteca, un cobro del implacable tanto-por-ciento? Nos devoramos unos a otros y queremos que la cadena se detenga en cierto momento. Pero la delincuencia y el crimen no son otra cosa que la culminación dialéctica de esa cadena. La usura es una muerte simbólica. Destruyendo el deber de ayuda, de amor, de hermandad con el prójimo, abrimos las puertas a la garra del ladrón y al puñal del asesino. En Nicaragua el nivel de la sangre sube paralelo al nivel de la codicia.

Por otra parte: no es el beber o el jugar —ni son las pobres prostitutas— las causas de la delincuencia. ¿Desde cuándo somos puritanos?— Generalmente no es en el prostíbulo donde aprende el criminal sus primeras letras, sino en la propia casa o en la escuela o, a veces, (y duele decirlo) en la Iglesia por obra de un mal sacerdote. Allí donde le arranquen a Cristo al niño, o al joven, o al hombre, o donde se lo recubran con los horribles disfraces cristianos que hoy usamos: allí comienza el delincuente.

# 1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Es cierto. Pero lo que se busca no es re-edificar una moral sino, simplemente, parar la delincuencia. Queremos detener el crimen pero sin tocar la codicia. Ponerle trancas al delito pero sin incomodarnos con preceptos cristianos. ¡Bien! Entonces lo que hay que estructurar es una ley muy clara, implacable, con penas muy severas y una cámara de gas o una silla eléctrica como moraleja inevitable para el criminal. El laicismo ha logrado lo que deseaba y en tal caso no tiene tiempo que perder . . .

Entre tanto los verdaderos cristianos vuelvan alrededor de la Mesa de Cristo a rehacer desde el comienzo lo que se ha perdido. El Cristianismo eso es: un eterno empezar. Su moral nació y vuelve a nacer siempre en una cena de amigos.

Allí, en esa cena se pronunciaron las dos frases sobre las cuales descansa toda la moral cristiana: "No hay mayor amor que el del hombre que entrega su vida por sus amigos" Y "Tomad y comed, esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros".

Y agregó al final: "Haced esto en memoria mía . . .".

PABLO ANTONIO CUADRA.